

¿AMORES, ESPEJISMOS, NEUROSIS?

Diré lo que valga la pena.

Un huaso apuesto de sonrisa desafiante atravesando un río a caballo, allá en Curacaví. Me toma en sus brazos, me pasa a la otra orilla y ahí me quedo... en la orilla. Era mundano, gustaba de las mujeres maduras y complacientes y yo le resultaba, insípida, desabrida, estúpida.

Un estudiante, moreno, orgulloso, de mirada altiva sentado en un banco de la platea del teatro Municipal, en Chillán. Yo, en el escenario cantando junto a mi hermana Estela. Después, una Alameda de sueños y besos encendidos. Talca, y otra Alameda y más besos. Seguimos en Santiago, volamos a Copiapó, Vallenar, Freirina, todo fue fulminante como una bala. Pude casarme pero tuve miedo, la situación de mis padres me dejó traumada. Yo provoqué el abismo.

Un pescador en Iquique, bello ejemplar de hombre de mar, esforzado, trabajador, simple y varonil. Bailaba a la Virgen del Carmen de La Tirana. Me enseñó los pasos y mudanzas de su baile. Jamás me miró a los ojos, me veía en la lejanía.

Por primera vez deseé tener dinero para regalarle un bote. "Amo la mar, (me decía) porque ahí puedo pensar en usted sin que nadie me moleste". Un sueño inconcluso, murió trágicamente a los 42 años de edad. -Lo recuerdo siempre en el mar, en la música de La Tirana y los saltos de Morenos.

"Águilas blancas de la pampa
bandada audaz de juventud
jinetes que cabalgan el relámpago.
Grupo 1 ¡Salud! "

Así cantaba mi capitán del aire.

Esta bandada audaz cabalgaba los cielos del norte. El iba y venía al Sur. Con su traje de aviador se veía imponente. Era correcto y algo terco, pero muy güeno pal beso, después de cada contienda me dejaba la boca hinchada obligándome a manejar bien las compresas de salmuera para que mis labios volvieran a su estado normal. Pero llegamos hasta ahí no más... ¡Más vale así.!

Un brasileño, cantante de color. ¡Qué voz más potente y hermosa! Lo oí en Chile, luego en Montevideo y después en Lima, donde recién conversamos. Me hablaba de la música, de la naturaleza, de las piedras, del viento entre ramajes. Yo lo oía extasiada. En las calles de Lima, la gente se daba vuelta a mirarnos. Él, moreno, alto, fornido, luciendo siempre camisa y corbata de colores llamativos. Yo, blanca como la espuma, con traje negro de corrida, chaquetilla corta, faja roja, mi pelo suelto, grandes aros. Yo lo aplaudía durante sus presentaciones, él me mandaba orquídeas a la radio. Pero... tanta música, tanta orquídea, no podía él quedarse ahí, inerte. Una noche, mientras yo abría la puerta de mi casa me invitó a abandonar la tierra, a volar al cielo, a recostarnos sobre las estrellas. ¡Me dio pavor! todo fue tan sorpresivo ...¡oh! ¡no! dije, las alturas me aterran!... Entonces dijo: "un césped, un árbol, tierra firme..." ¡Oh no, tampoco! puedo resfriarme y mañana debo cantar. "Es que también existen camas blandas, en piezas tibias". Perdón mil veces, perdón... no puedo. Se indignó y me gritó en un Do de pecho: ¡Blanca! y yo le contesté en un Si de garganta: ¡Negro!

Así terminó el romance. No nos vimos más.

En España, un torero frustrado que trabajaba en el Instituto de Cultura y que se limpiaba las manos en la cortina de terciopelo de su oficina. Un chulo precioso, joven, talvez demasiado joven. Viví junto a él la España de corridas, castañuelas, tascas, claveles y verbenas. Huí de la España dolorosa de García Lorca, pues necesitaba ayudarme de la terrible nostalgia de Chile.

El no me vio, era demasiado miope, casi ciego. Un día me pidió que le comprara una moto, porque todos sus amigos tenían moto... Y se acabaron corridas y verbenas...

Un futbolista, allá lejos, muy lejos, en Moscú. Hablaba castellano y conocía Chile por referencias. "Déjame mirar en tus ojos, el Pacífico", me decía. Le hablé de Cristo, "qué bellas cosas llevas dentro de ti,... háblame más". Entonces le enseñé el Padre Nuestro que rezábamos juntos. De su profesión no supe nada, no tocamos el tema, era buen psicólogo y talvez se dio cuenta de mi poca afición por las pelotas de fútbol. Nos despedimos llorando.

Un guitarrista en Polonia, también muy espiritual. Visitábamos museos y exposiciones de pintura. Yo le cantaba y él me tocaba la guitarra. Un día mientras comíamos manzanas, aparece en la fruta un gusanito. : "Oh, ¡la serpente!" Hablaba poco castellano. Y así fue nuestro romance, guitarra, canto y manzanas. ¿Se puede negar el amor platónico?

Un profesor, una flor roja en medio del camino, que resume caminos y flores. ¡Frustración! talvez el beso que se da con los ojos o en sueños, es el beso supremo.

Rumania. Un actor de teatro y cine. ¡Puchas el cabro lindo! Salíamos siempre con la intérprete, pololeábamos a través de ella, pues yo no entendía su idioma ni él el mío.

Hasta que una noche resolvimos salir solos, por fin. Llovía torrencialmente y nos fuimos a sentar en un banco de la plaza, bajo un paraguas. Nos arreglamos a puros mimos, como podíamos, y nos dijimos cosas importantes, con manos y gestos, más o menos así:

EL.- Me gustaría casarme con usted y tener cuatro hijos.

YO.- Es difícil, usted es tan pequeñito y yo tan grande y gorda.

EL.- Soy chiquito pero me la puedo.

YO.- Demuéstremelo.

Se levanta del asiento, cierro el paraguas. Me levanto también, trata de tomarme en brazos, caímos al suelo. Fin de la conversación. Llegué al hotel toda embarrada y más helá que sobaco e' foca.

Pero seguimos juntos durante toda la gira. En cada recital, un ramo de flores. Un romance espectacular. Estuve tentada de invitarlo a Chile, pero todo quedó en suspenso, pues él me escribía en rumano y yo le contestaba en castellano. No hubo entendimiento.

Un filósofo en Copiapó ... pimientos y coronas del inca reventando bajo el sol. En el cielo, las estrellas más brillantes de Chile. Palabras y más palabras, bellas y profundas, a veces extrañas ... me tuvieron por los palos, aunque no las entendía todas.

En una ocasión pregunté: ¿puede un hombre amar a dos mujeres o una mujer amar a dos hombres? No tuve contestación...¿De qué servía tanta filosofía? Todo terminó en Arica...quedé en los huesos. Él, después de rondarme durante siete años y de hablarme de princesas y castillos encantados, frente al rompimiento definitivo, cantaba mientras se duchaba en un piso más arriba de mi cuarto. No era yo la mujer que él amaba...

Un doctor Uruguayo en Montevideo, cuarenta años gloriosos, una situación expectante y un andar de tigre que muchas mujeres admiraban. Lo cautivó mi canto y vino a Chile a ofrecerme matrimonio, así, rápido; no quería esperar que el amor madurara. Quiso besarme y no pude... estaban aún latentes los pimientos de Copiapó.

Un físico en Punta Arenas. ¡Qué raros son los físicos! Inteligentísimo y bastante neurótico. Cuando yo hablaba me decía: Ud. cante no más, mijita. Pero a través de mi canto descubrió la belleza, la blancura de la nieve en Punta Arenas, antes no había conocido los árboles.

Se fue a París a estudiar y me invitó que me fuera con él. No acepté. Otro abismo.

Y llega el hombre, talvez el único que me ha querido verdaderamente. Ni magia, ni encantamiento, ni neurosis. Amor sereno, paciente, nos fuimos ganando el corazón mutuamente. "Yo he sido en tu vida, como la gota de agua sobre la piedra", dijo un día. Treinta y siete años juntos, recorriendo senderos, maravillándonos con paisajes del Norte y Sur, compartiendo mesas humildes, bebiendo todos los manantiales, descubriendo el alma de nuestro pueblo. En las aulas, entregando tesoros acumulados durante años. En los escenarios su danzar magnífico, cargado de vivencias.

"Mi vida comienza y termina contigo" escribió en una carta. Espero que así sea para entonces creer en lo que he buscado afanosamente durante toda mi vida: lo absoluto y permanente.

Muchos se preguntarán después de leer estas líneas: la cama está ausente... ¿Con cuál de ellos?... ¡Adivínenlo! Tarea para la casa.